

¿Acción y malestar? Las tácticas de resistencia de los menores internados en las instituciones asistenciales

Abraham Osorio Ballesteros

Resumen

Con base en un trabajo de investigación cualitativo en dos instituciones públicas asistenciales, este artículo analiza algunas de las tácticas de resistencias más comunes que utilizan los menores internados para evitar algunas rutinas, criticar a los profesionales e, incluso, manifestar su descontento por alguna situación que consideran injusta. El texto parte de la idea de que los menores son sujetos competentes que saben discernir las situaciones y actuar en función de ello, por lo que haciendo uso de las contribuciones teóricas de De Certeau, Goffman y Moore, da cuenta por medio de ejemplos tanto de la lógica a la que apuntan cada una de ellas, como los momentos en que se manejan y los mecanismos inhibidores que enfrentan. El trabajo concluye con algunas ideas que recuerdan la capacidad de estos menores, aun cuando las instituciones los desconozcan.

Palabras clave: menores, instituciones, tácticas.

Abstract

Action and upset?

The tactics of resistance of children placed in care institutions

Based on a qualitative research in two public institutions care, this article discusses some of the tactics used by children placed to weather the relations with the authorities, avoid certain tasks and appropriate the space organized according to their needs and certain explicit resistance to indicate their disagreement with personnel actions they consider unfair. The text recognizes the creativity of children, so it takes up the

theoretical contributions of De Certeau, Goffman and Moore to account, by way of example, both the logic that each point as the time when the handled. The paper concludes with three ideas that resemble the characteristics of these tactics and resistances and the ability of children.

Key words: children, institutions, tactics.

Introducción

Las resistencias de los niños internados en las instituciones públicas asistenciales es un tema que hace tiempo apareció en los estudios sociales de México.¹ En la década de 1980 estuvo particularmente vinculado con las discusiones de los llamados niños infractores ante la vigencia de la doctrina tutelar (Azaola, 1989; Méndez, 1994), tanto, que en no pocas ocasiones fue tratado de igual manera en distintos trabajos (Pereira, 1981), fueran éstos de niños abandonados o de niños infractores; mientras que en las décadas de 1990 y 2000, tuvo un cierto desarrollo en los trabajos etnográficos (Cerdeña, 2002) sobre los establecimientos asistenciales aun cuando en varios de ellos no fuera el objeto de análisis central. En muchos de estos estudios, sin embargo, el tema de las resistencias era abordado desde los marcos del pensamiento genealógico de Foucault en donde, si bien se alentaba el abordaje crítico de las instituciones, normalmente se enfatizaba en la dimensión estructural-institucional que impedía un análisis actualizado y pormenorizado de ellas.

En los años más recientes ha habido un interés, ciertamente incipiente pero constante, por responder a estos problemas, a partir del reconocimiento de la creatividad de los niños, olvidada por los profesionales o cuidadores de ellos. En este sentido, aunque en ciernes, una de las líneas que empieza a posicionarse dentro de los estudios contemporáneos es aquella que pone atención en la agencia de los niños que, como dicen Purcell y coautores (2011), puede tomar un sinfín de formas, incluyendo la apropiación de discursos y prácticas dominantes para obtener ciertos beneficios. Dentro de esta línea, por ejemplo, llaman la atención algunos trabajos antropológicos (Gómez, 2011) que analizan ciertas narrativas y dibujos de los niños, promovidos por talleres para mostrar su adaptación institucional, pero para manifestar su descontento con algunas cosas que viven en su internamiento. El presente trabajo se inscribe en esta línea, al poner atención en una serie de tácticas que manejan los infantes para sobrellevar ciertas relaciones con las autoridades, evitar algu-

¹ Por niños internados entendemos niños abandonados, en orfandad y maltratados que permanecen bajo tutela del Estado en las instituciones asistenciales.

nas tareas y apropiarse del espacio organizado de acuerdo con sus necesidades, así como algunas otras que utilizan para mostrar su inconformidad con ciertas acciones que consideran injustas, sin que esto implique una crítica radical a las instituciones. Esto con la finalidad de explicitar la mecánica que siguen y los elementos con que las sustentan, en el marco de las instituciones vigentes que, si bien han sufrido cambios importantes en los últimos años con la asunción de la llamada doctrina garantista (Méndez, 1994) y con la emergencia gradual de otros servicios de pequeña escala, siguen existiendo en México y siguen privilegiando las relaciones asimétricas entre los profesionales y los niños (Llobet, 2010). Sobre todo porque la labor de vigilancia y observación de la conducta de los niños que cada profesional tiene asignado, se sigue traduciendo en una acción policial donde la consigna es estar tras de ellos para cumplir con lo establecido (Gómez, 2011).

Un análisis de este tipo requiere necesariamente retomar algunas aproximaciones de la vida cotidiana que permitan el esclarecimiento de estas tácticas, por lo que hemos recurrido a los aportes conceptuales de Michel de Certeau y Erving Goffman, así como de Barrington Moore; los cuales, si bien no son considerados como referentes teóricos de la niñez, han permitido el desarrollo de distintos trabajos en torno al tema. Principalmente por la reducida producción de una sociología de la infancia que, para parafrasear a Feixa (1996), sigue considerándose menor pese a la creciente relevancia del factor edad y, más aún, pese al principio del interés superior del niño incorporado en la legislación federal mexicana hace ya varios años.

Por otro lado, un análisis de este tipo también requiere recuperar las “voces” de los niños y las formas en que despliegan su vida en distintos espacios, por lo que nos basaremos en una investigación de campo mayor llevada a cabo en diferentes periodos de 2010 y 2012 en dos instituciones públicas asistenciales, una ubicada en el Estado de México y otra en el Distrito Federal, cuyo objetivo de análisis era entender las racionalidades políticas y las tecnologías de gobierno manejadas en ellas.² En esta investigación se utilizaron

² La primera de ellas, denominada Villa Hogar, se ubica en el sur de la ciudad de Toluca, y forma parte del Sistema para el Desarrollo Integral de la Familia del Estado de México (DIFEM). En el momento de su investigación (2010), tenía una población de 146 niños, de entre 6 y 18 años de edad, contando a sus internos y a los de Villa Juvenil, que es una extensión de ella. Es una de la más grandes de la ciudad y una de las más antiguas de México (construida en 1972), por lo que frecuentemente recibe niños de diferentes municipios del mismo, después de haber pasado por el Albergue Temporal Infantil. La segunda de las instituciones, llamada Centro Amanecer para niños, es una casa hogar ubicada en el sur del Distrito Federal, y forma parte del Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia (SNDIF). Es de reciente creación y al momento de su estudio (en 2012) tenía internados a 38 niños, de entre 6 y 12 años de edad, que mayoritariamente habían sido canalizados por la Procuraduría del Distrito Federal.

la observación participante y las entrevistas semiestructuradas,³ que al final generaron varias notas de campo y 35 entrevistas grabadas en sonido, de entre 30 y 65 minutos de duración, aplicadas principalmente a distintos profesionales. Tanto las notas de campo como las entrevistas fueron transcritas en su totalidad para su análisis, aunque las últimas fueron codificadas de forma manual, de acuerdo con la propuesta analítica de Strauss y Corbin (2002), para identificar diferentes temas, así como datos y situaciones no consideradas en un principio. Sin embargo, como en la mayoría de las entrevistas los profesionales querían abundar en otros temas antes que en las resistencias de los infantes, aquí nos basaremos especialmente en los datos destacados en las notas de campo que, si bien guardan un fuerte contenido subjetivo, tienen la virtud de re-presentar las expresiones y acciones desplegadas por los niños para manifestar su oposición a lo vivido. Sobre todo porque éstas devienen de lo que el antropólogo holandés Johannes Fabian (2007), llama encuentros etnográficos (o participantes, en nuestro caso), que hace referencia a los movimientos colaborativos en tiempo y espacio compartido, entre los participantes y el investigador, quienes por medio del diálogo se convierten en agentes coevos —en el sentido de coetáneos y contemporáneos— de la investigación etnográfica. De hecho, hacer descripciones o notas de campo es intentar producir y re-presentar el conocimiento de los niños que eran nuestros interlocutores.

El trabajo está dividido en cuatro secciones. En la primera de ellas se aclaran los conceptos básicos a partir de los cuales se desarrollarán los análisis subsecuentes, dando particular relevancia al de táctica acuñado por Michel de Certeau, el cual llega a ser el principal referente de nuestro trabajo. En la segunda sección se analizan e interpretan las tácticas más ocasionales y difusas que utilizan los niños para sobrellevar sus relaciones, evitar algunas actividades y apropiarse de los espacios sin enfrentar directamente a la institución, representada por sus profesionales. En la tercera, en cambio, se abordan las resistencias más visibles que manejan cuando enfrentan problemas y no encuentran respuestas o entienden que ciertos profesionales han rebasado los límites de lo tolerable en su trato. Finalmente, en la cuarta sección se rescatan y problematizan algunas ideas centrales que se derivan del análisis del

³ Las entrevistas tocaban tres rubros principales: 1) la experiencia y percepción laboral de los profesionales, en donde se buscaba destacar sus experiencias y percepciones sobre su trabajo, sobre sus actividades y sobre la institución; 2) las prácticas de atención y gestión, en donde se buscaba que detallaran las tecnologías de gobierno que utilizaban con los niños para su formación y/o control y; 3) las percepciones de los niños y sus familias, en donde se buscaba identificar las posturas, concepciones o visiones que tenían sobre los niños internados y sus familias, incluyendo los estereotipos.

trabajo y que pueden ser extensibles al análisis de otros grupos de niños, en tanto sujetos inscritos en procesos estructurales.

1. Conceptos básicos para el análisis

Para seguir el orden pautado empezaremos por explicitar el concepto de táctica de Michel de Certeau (2000). Este concepto, inscrito en su teoría del límite de la dominación, de la disciplina y del orden, hace referencia a una acción calculada no localizable en un lugar, que maneja un sujeto para hacer frente a situaciones comprometedoras. Es decir, hace alusión al procedimiento fragmentario y fugaz que desarrolla en distintos espacios y momentos para afrontar diferentes situaciones y que, precisamente, por ser fragmentario y fugaz normalmente pasa desapercibido a los ojos de los dominadores. Sobre todo porque “obra poco a poco. Aprovecha las ocasiones y [...] [está] allí donde no se le espera” (De Certeau, 2000: 43). En esta concepción, por lo tanto, no se trata de pensar en la productividad del poder, sino en la productividad de las resistencias movilizadas a partir de las prácticas cotidianas.

De allí que el propio historiador francés denomine a la táctica como arte del débil, en tanto que ésta le permite transformar una situación ordinaria en favorable. Sobre todo porque se lleva a cabo como un movimiento browniano con jugarretas, maniobras o simulaciones polimorfas que utiliza el sujeto para pasar desapercibido. Así, a diferencia de la estrategia que tiene un espacio de ejecución estable, la táctica se presenta en las prácticas cotidianas, en donde las “maneras de hacer”, “consumir” o “habitar” representan ejemplos de creación anónima cuyas cuotas de poder son subvaloradas por los sujetos dominantes.

Ahora bien, aunque el concepto como tal incluye una infinidad de acciones, algunas de las más importantes son las que tienen que ver con las dramatizaciones y los arreglos habituales de las cosas. Por lo que se puede engarzar con los conceptos de actuación y ajuste secundario desarrollados por Goffman, los cuales, por cierto, junto con otros, sostienen parte de la propuesta del historiador. Una propuesta que desplaza la mirada desde la constatación de la reproducción de lo existente hacia la potencialidad de transformación de lo existente; desde los movimientos que confirman una asimetría hacia aquellos que desafían la magnitud de esa asimetría. El primer concepto, dice el autor, hace referencia a “[...] la actividad total de un participante dado en una ocasión dada que sirve para influir de algún modo sobre los otros participantes” (Goffman, 2001a: 27). Es decir, hace alusión a la representación manejada por un sujeto frente a otros para convencerlos de que lo que presenta ante ellos

es la verdadera realidad, sea para obtener beneficios o no, para persuadirlos o simplemente para pasar desapercibido frente a ellos. Lo anterior bajo la idea de que todo sujeto es un actor, en el sentido teatral del término, que siempre trata de convencer a su público de diferente manera, utilizando para ello diferentes fachadas y medios que le imprimen mayor dramatismo a su actuación pues, como advierte el mismo autor, cuando retoma a Coley, si un actor no tratara de parecer algo mejor de lo que es, ¿cómo podría mejorar o formarse desde afuera hacia adentro? Cuestión que evidentemente muestra un cierto cálculo por parte del sujeto, pero también un conocimiento incorporado que le indica cómo puede convencer más fácilmente a sus observadores.

En este sentido, como lo señala uno de los lectores más asiduos del sociólogo (Scott, 2001), la actuación llega también a ser una de las tácticas de resistencia más comunes que utiliza un sujeto para enfrentar diferentes situaciones. Sobre todo porque es escurridiza, efímera y modificable de acuerdo con el contexto. Más aún, cuando la distancia social entre el dominado y dominante es amplia y destacada. Sobre este aspecto, se puede recordar el viejo caso de los indígenas frente a los españoles conquistadores destacado por Scott (2001), quienes normalmente se mostraban sumisos y hasta aquiescentes cuando estaban frente a ellos, pero apenas se encontraban lejos de su vista, asumían una actitud más natural y hasta crítica, pues entendían que sus diferencias con los españoles no les permitían esto último.

Por otro lado, el concepto de ajuste secundario hace referencia a “[...] cualquier arreglo habitual, que permite al miembro de una organización emplear medios o alcanzar fines no autorizados, o bien hacer ambas cosas, esquivando los supuestos implícitos acerca de lo que debería hacer y alcanzar, y, en última instancia, sobre lo que debería ser” (Goffman, 2001b: 190). De modo que representa una táctica por medio de la cual el individuo se aparta del rol y del ser que la institución daba por sentados, así como de las rutinas o restricciones impuestas por la misma. La característica de esta táctica radica entonces en que se lleva a cabo a partir de los propios medios y/o recursos dados por la institución a uno de sus sujetos. Es importante destacar, sin embargo, que un ajuste secundario es un elemento social, por lo que dentro de un mismo establecimiento, puede serlo solamente para una categoría de participantes y no para otra; tanto por las diferencias sociales como por las culturales o incluso económicas que existen entre ellos y que los lleva a valorar de distinta manera las acciones.

Si bien estos conceptos resultan de gran utilidad para el abordaje de las tácticas cotidianas como las que abordaremos posteriormente, tienen el problema de no ayudar a abordar cómo se llegan a presentar algunas resistencias colectivas, aunque efímeras, como las que encontramos en nuestra investiga-

ción,⁴ por lo que acudiremos al concepto de injusticia de Barrington Moore el cual, pese a ser pensado para abordar grandes manifestaciones y tener un referente ciertamente estructural, ayuda a explicar esto último. De acuerdo con Moore (1989), la injusticia es un sentimiento de agravio moral que se presenta cuando se incumple el contrato social implícito en toda relación de autoridad, el cual puede llevar en determinadas circunstancias a la desobediencia y a la rebelión. Este sentimiento puede tener diferentes fuentes o causales de acuerdo con la sociedad y la etapa que se viva; sin embargo, como menciona el autor norteamericano, algunos de los más importantes son el sobrepaso de los límites y las obligaciones que se involucran en el contrato, así como la violación de los principios imperantes, ya que éstos pasan por alto las normas de convivencia aceptadas por los involucrados (dominantes y dominados) que lleva a la indignación y, en algunos casos, a la movilización.

2. Las tácticas dramáticas y de habitación

El análisis de las resistencias que aquí desarrollaremos va desde las más fragmentarias hasta las más visibles, por lo que empezaremos con las que aquí hemos denominado como dramáticas, que son utilizadas normalmente por los niños de las instituciones estudiadas para sobrellevar sus relaciones con los profesionales y autoridades y sólo en algunos casos para criticarlos, sin que esto implique un cuestionamiento radical a ellos o a la institución. Pero, ¿cuáles son estas tácticas?, ¿con base en qué elementos se sustentan? Ahora lo trataremos de aclarar.

2.1. Las tácticas dramáticas

Del conjunto de tácticas dramáticas que utilizan los niños para sobrellevar su relación con los profesionales y las autoridades, y no tener problemas, sobresalen aquellas que buscan aparentar su adhesión a los principios oficiales.

⁴ Paula Abal (2007) señala por ejemplo, que la táctica es tal cuando resulta inesperada, imprevisible, fugaz y sorpresiva. Es esta utilización del tiempo, empero, lo que parece contradecir la construcción de vinculaciones entre tácticas diseminadas. La construcción de lo colectivo requiere un proceso de identificación y de organización, de prácticas de representación, de definición de repertorios de acción, de formas de tomas de decisión, etc. “Por este motivo, pienso que [De] Certeau si bien se refiere en ciertas ocasiones a una multitud de tácticas articuladas [...] concibe únicamente una coexistencia de tácticas, una simultaneidad de resistencias cuya característica es la dispersión y no la articulación” (Abal, 2007: 5).

Un tipo particular de éstas es la recuperación pública de discursos legitimados dentro de las instituciones, como son los de reconocimiento hacia éstas o hacia alguno de los profesionales, cuando están frente a ellos. Lo anterior en razón de que entienden que para éstos el uso de dichos discursos es un indicativo “claro” y preciso de su adhesión. Sobre todo porque a lo largo de su travesía han conocido varios ejemplos de ello.

Esto es así, ellos siempre caen con eso. Cuando estoy con la Directora, yo también digo: gracias usted es bien buena, la estimo mucho. Así se pone feliz y me deja ir. (Nota de campo)

Ellos siempre te juzgan y te analizan por lo que dices. Ya cuando le entiendes, tú sabes que para quitártelos de encima simplemente les dices: gracias a gente como usted estoy mejor. (Nota de campo)

Lo cual no es infundado, en tanto que en ambas instituciones predomina cierta postura psicológica de entender que el “buen” comportamiento (en donde se incluye el reconocimiento del que cuida) es sinónimo de adhesión. El uso de estos discursos, sin embargo, parece estar estrechamente ligado con la distancia social que guardan con los profesionales y las autoridades de las instituciones. De modo que cuando tienen más distancia con alguno de ellos, los reproducen constantemente para interactuar lo mínimo. Así lo destacaban, por ejemplo, algunos chicos que conocimos en la primera institución que, para evitar mayor trato con una psicóloga considerada “dura”, trataban de manifestarle su reconocimiento y agradecimiento en sus conversaciones para que ésta los dejara ir de inmediato.

Ahora, dependiendo de la opinión que tienen sobre los profesionales de las instituciones, de más o menos estrictos, de más o menos preparados, algunos de los niños llegan a manejar mayor o menor histrionismo cuando utilizan tales discursos. Así lo indican, por ejemplo, quienes saben que en sus instituciones hay especialistas “psi” (psicólogos, psicopedagogos y psicoterapeutas) que no son fáciles de “engañar”.

Es que aquí es más difícil que en otras que he estado. Cuando estás con Lilia [una psicóloga] tienes que decir que sí, porque si no, se enoja. Pero también tienes que decirle “como tú dices”, “como siempre nos has dicho” o “como siempre nos recuerdas”, y poniendo tu cara de atención, porque si no, te tiene con ella haciendo alguna cosa. (Nota de campo)

Decirles que sí, no es tan fácil aquí, porque siempre te están estudiando, entonces, para engañarlos tienes que hacerlo con cuidado. (Nota de campo)

Yo, un día me cayeron que siempre les decía que sí, y entonces pues me regañaron. Por eso, sí es un poco arriesgado. (Entrevista)

El uso de esta táctica evidentemente tiene sus costos para los niños, pues muchos de ellos tienen que tragarse sus palabras o negar su postura personal para mantener la impresión de adhesión; sin embargo, el aquilatamiento de ello es mucho menor que el que pueden pagar en caso de que los profesionales perciban que no se están adhiriendo y que puede generarles algunas sanciones.

Estrechamente vinculada con la interior, otra táctica que utilizan los infantes para aparentar su adscripción, es manejarse como sujetos dóciles en diferentes momentos. Particularmente en aquellos en donde perciben que sus expresiones corporales son objeto de atención especial por parte de algún actor institucional; como en los encuentros ocasionales que sostienen con los directivos, en donde la docilidad de su persona llega a ser percibida como un indicativo de su formación y adaptación a la dinámica institucional, tal como lo indicaba una menor cuando la entrevistamos sobre el particular: “siempre que voy a ver a la directora me porto bien, porque ella nomás te están viendo cómo eres: si te sientas bien o si le haces caso. Si te ve que estás bien portadita, te trata bien y te felicita por tu conducta, pero si te ve mal, te regaña. Ella quiere verte tranquila, pues creo que así piensa que una se está formando, verdad...” (entrevista).

Esta docilidad, empero, está frecuentemente relacionada con el género, por lo que los varones y las niñas lo entienden y ejecutan de diferente manera como si estuviera institucionalizada. La niña citada previamente, por ejemplo, parece entender la docilidad como asumir una postura corporal recatada, de manera que cuando está frente a la directora indica que: “Está bien sentada, no abre las piernas ni está distraída, porque así la directora se convence [de] que va bien y que está en el camino correcto” (entrevista).

Mientras que entre los varones está más relacionada con el asentimiento y con la repetición de palabras destacadas por las autoridades, en tanto que entienden que su docilidad se hace más visible con esto, como lo indicaba uno de ellos después de estar con la directora, “yo siempre le digo que sí a todo, yo nunca digo que no, porque ya sabe es un poco especial. Cuando la conozca se dará cuenta porque yo siempre le digo que sí. Así ella cree que todos hacemos lo que dice” (nota de campo).

Si bien esta táctica la manejan principalmente los niños y jóvenes que tienen un mayor recorrido institucional y que, por lo tanto, cuentan con un panorama más preciso de sus beneficios. No es infrecuente que también la utilicen otros chicos de reciente ingreso para enfrentar las ambigüedades,

incertezas e indeterminaciones propias de su incorporación. Sobre todo porque suponen que con ello pueden ser ubicados en espacios menos hostiles o rígidos.

Una tercera táctica que utilizan los niños para aparentar su adscripción, es mostrarse agradecidos con los profesionales que los atienden. Por lo que en diferentes momentos es común que recalquen expresiones alabadoras como las siguientes: “si usted no me hubiera apoyado, yo no lo hubiera hecho esto”, “sin su insistencia, no sería lo que soy ahora” o “sin su ayuda, seguramente seguiría estando perdido”. Expresiones que, si bien son subyugantes, les generan mejores tratos por la valoración especial que le otorgan los profesionales a ello, como lo indican en lo siguiente:

A las pedagogas y a las psicólogas, siempre les gusta que uno las reconozca, que les diga gracias, que sin ellas no hubiéramos cambiado y otras cosas más. Yo lo he hecho así varias veces, y me tratan mejor, por eso cuando puedo siempre les digo gracias. (Nota de campo)

A todas les gusta que una les diga: gracias por apoyarme, gracias por darme su amor. Cuando uno les dice así, ellas te tratan mejor, y te ayudan en otras cosas. (Nota de campo)

Y es que sin ser plenamente conscientes del tema, con estas expresiones los menores hacen creer a los profesionales que su intervención en su formación no es una más, sino que es la más importante en ello.

cuando estoy con Lupita, yo siempre le digo gracias Lic. Lupita, sin usted no hubiera podido superarme. Y ella como que se siente bien y me trata mejor. (Nota de campo)

si hay algo que les gusta, es que les reconozcas, les agradezcas como lo que son: psicólogas, trabajadoras sociales o terapeutas, porque a ellas les gusta eso. (Nota de campo)

Sobre todo porque en ambas instituciones subyace la idea de que los resultados positivos de los profesionales devienen precisamente de su profesión y de sus conocimientos, antes que de su persona; por lo que los menores incorporan en sus discursos parte de esta idea para posteriormente utilizarla en su vida cotidiana y, de manera particular, en sus encuentros con algunas autoridades.

Desde un punto de vista alejado, estas tácticas pueden parecer subyugantes y aduladoras; sin embargo, si uno se toma la molestia de acercarse a

los niños, como interlocutores, en el sentido que lo plantea Fabian (2007), puede entender que estas son también actividades efectivas, aprendidas a lo largo de su travesía institucional. Actividades que tienen un fuerte componente pragmático, y que por lo tanto recuerda la capacidad e inteligencia que tienen los infantes para discernir las situaciones y actuar en función de ello. Como en algún momento nos lo mencionó un niño de la segunda institución que, a la pregunta expresa de por qué se mostraba ampliamente sumiso con una psicóloga y no con otras, nos indicaba que por simple lógica: pues a partir de las experiencias que habían tenido otros niños, se había dado cuenta de que en caso contrario, les iba mal, “como en feria”.

De hecho, para retomar a Goffman, aquí tenemos casos emblemáticos de sujetos que entienden que la tranquilidad de sus personas depende en buena medida de las conductas públicas que exhiben, por lo que cuando están frente a los profesionales tratan de actuar de la mejor manera posible para impresionarlos e influirlos en sus tratos.

Hay tácticas, sin embargo, en donde los niños no asumen posturas subyugantes, sino de cuidado y de crítica que, si bien son pocas las que identificamos, vale destacarlas en tanto que con ellas también obtienen ciertos beneficios, aunque sean simbólicos. Por lo que respecta a las primeras, una de las más comunes —y quizás una de las más efectivas— es aparentar tener alguna enfermedad, una tensión emocional o un problema físico. Lo cual normalmente llevan a cabo bajo una gran interpretación escénica, donde hacen uso de discursos y gestos de dolor para convencer, en principio, a la auxiliar que los cuida del supuesto padecimiento que tienen y, en segundo lugar, para ser llevado al servicio médico o al área de psicología, si es algo emocional; en donde, ya establecidos, nuevamente ponen en práctica una sintomatología que haga creíble su problema para lograr alguna indicación médica o psicológica.

Si bien esta actuación parece un tanto difícil de ejecutar, en varias ocasiones llegan a convencer a los médicos o psicólogos, ayudados en parte por las propias precauciones tomadas por algunos de éstos, de no arriesgarse en cometer algún error de apreciación como han tenido en otras ocasiones y que les ha costado algunas llamadas de atención;⁵ pero también, para el caso particular de las tensiones emocionales, por el hecho de que todos los profesionales asumen implícitamente que la mayoría de los menores llegan a sufrir estas tensiones en algún momento de su internación por sus historias

⁵ Como ocurrió con un menor, que supuestamente había sido internado días después de que manifestó dolencias cerebrales, por el hecho de que uno de los médicos no había creído en lo que le argumentaba.

de vida dramáticas. Y, cuando esto ocurre, es común que de éstos reciban un trato especial.

Ciertamente, no siempre logran obtener el resultado buscado, pues como parte de su sentido práctico (Bourdieu, 2000), los profesionales también ponen atención en las conductas ingobernables de los menores para evitar estas actuaciones. Pero, aun en este caso, el hecho de haber sido trasladados al servicio médico o psicológico les resulta significativo a varios de ellos. Sobre todo por haber burlado y evitado algunas actividades en la institución, aunque sólo haya sido de forma momentánea, “un día sí me hice como que me dolía la cabeza y entonces me llevaron al doctor y luego con la psicó[loga]. Se dieron cuenta después que me estaba haciendo para no ir a la escuela, pero como que sí les engañé...” (entrevista).

Lo cual es comprensible, si se entiende que, si bien esta institución se ha transformado y está lejos de presentar las características disciplinarias de otras, sigue reproduciendo algunos mecanismos o tareas que los niños tratan de evitar aunque sea por un momento.

Sin embargo, como ocurre en otras instituciones, en estas existen mecanismos inhibidores que establecen que si los profesionales de las instituciones descubren que los menores han mentido serán objeto de amonestaciones, muchos de los niños no se atreven a manejar esta táctica. Sobre todo los oriundos de otras partes de la República o de hogares extremadamente pobres, quienes se niegan a regresar a ellos, “aquí tratar de engañar sí es muy duro, al director no le gusta eso. Si les quieres tomar el pelo para no hacer nada, se enojan y hasta pueden pedir que te saquen. Y yo no quiero regresar a mi pueblo, allí estamos bien pobres, mejor aquí, aquí tengo comida todos los días y no sufro pobreza” (nota de campo).

En este sentido, los posibles castigos a la dramatización de una enfermedad llegan a ser mecanismos contenedores de esta táctica, que surten efecto entre los niños. No obstante ello, a decir de uno de los profesionales entrevistados, no faltan los casos de algunos menores “desafiantes” que la ejecutan tanto para no hacer alguna tarea como para no salir de su cuarto o faltar a la escuela.

Finalmente, en lo que respecta a las tácticas críticas, una de las más comunes es la parodia, la cual utilizan particularmente con aquellas personas con quienes han tenido algún desencuentro o conflicto personal, como los directivos y algunas de las auxiliares, a quienes interpretan en su forma de caminar o hablar, pero sobre todo en su forma de tratar a los menores. Todo esto, de una manera discreta y fugaz, que asegura su éxito. Ciertamente, esta táctica es un modo vacío, pues con ella no logran obtener nada, más que el disfrute del momento; sin embargo, es ampliamente valorada entre ellos porque, a

partir de ella, llegan a balancear simbólicamente la relación desigual y de poder que mantienen con los profesionales (Schmidt, 1996); tanto, que en muchas ocasiones las reproducen.⁶ Así, la valía de esta táctica radica en que les permite burlarse de las personas, sin que éstas la identifiquen y sin conflictos.

2.2. *Las tácticas de habitación*

Para sacar beneficios, sin enfrentar a los profesionales, lo niños no sólo acuden al manejo histriónico de su persona, sino también a las ocasiones. Por lo que ahora nos ocuparemos de algunas tácticas que utilizan para esto, las cuales hemos clasificado bajo el rótulo de habitación, en tanto que las desarrollan a partir del conocimiento que tienen de las instituciones y de su estancia en ellas. Las cuales, a su vez, se pueden dividir en dos grupos: en tácticas de evitación y en tácticas de uso diferencial de los recursos. Pero para entenderlas cabalmente expliquémoslas por separado.

2.2.1. *Las tácticas de evitación*

Las tácticas de habitación son aquellas acciones ejecutadas por los niños para librarse principalmente de ciertas actividades definidas por las instituciones, o cuando menos para retrasarlas. En este sentido, una de las comunes que manejan es permanecer alejados el mayor tiempo posible de sus espacios de residencia o “casas”, que es donde normalmente desarrollan dichas actividades. Las razones que esgrimen para ello son muy variadas: desde indicar que están realizando alguna tarea personal en un área particular hasta mencionar que están apoyando en ciertas actividades a un profesional. El caso es consumir el mayor tiempo posible en ello, pues entienden que a su llegada les está esperando una serie de actividades definidas previamente. Mismas que pueden no ser extenuantes para los sujetos externos pero sí repetitivas y obligatorias que a algunos resultan molestas,

yo como que hago tonto por acá hasta que puedo, porque qué me espera, pus lo de siempre estudiar o hacer algo que me mande mi auxiliar. (Nota de campo)

Sí, siempre me hago lelo, porque apenas voy regresando y ya sé que tengo que hacer mis tareas. (Nota de campo)

⁶ Una variante de la parodia, aunque en menor uso, es igualmente la imposición de apodos, que es utilizada principalmente por los jóvenes en contra de personas lejanas a ellos, como una manera de mofarse de éstos o de alguna de sus características físicas.

Tan es así, que no solamente la manejan en el espacio institucional, sino también fuera de ella, particularmente cuando salen de sus escuelas por medio de un rodeo aldeaño a la institución para conocer los lugares pero, sobre todo, para retrasar su entrada a la lógica rutinaria de la misma.

Le voy a ser franca, yo siempre me vengo por acá, porque al menos así me distraigo un poco. Doy una gran vuelta, pero está bien, porque si me apuro o no en llegar, siempre hago lo mismo. La mami Lulú, nunca me dice: ya llegaste cansada, hoy no hagas esto. No, ella siempre me dice: ya llegaste, que bueno, vete a cambiar, para que me ayudes en esto o eso. O sea, siempre tengo que hacer alguna cosa, por eso me tardo de más. (Nota de campo)

Un tanto diferente, aunque también efectiva para eludir algunas actividades —e, incluso, para exigir mejor atención de parte de los profesionales—, es la del discurso de los derechos de los niños, al que normalmente acuden los más pequeños de las instituciones, aunque ocasionalmente también algunos mayores. El cual es manejado en distintos momentos, aunque particularmente en aquellos en donde los niños identifican que pueden hacerlos valer, como a la llegada de pasantes en psicología a las instituciones, en donde pueden lograr no hacer una tarea doméstica con ello. El discurso llega a incomodar tanto a los funcionarios y profesionales, que varios de ellos se quejan sobre el uso exagerado que le dan ciertos menores. De hecho, entre algunos profesionales es visto como algo más perjudicial que benéfico para los niños puesto que a partir de él, dicen algunos de ellos, éstos últimos se escudan para volverse “respondones”, “malagradecidos” e “incumplidos”. Cuestión que contrasta evidentemente con lo que piensan los menores para quienes el discurso de sus derechos consiste en un instrumento de resistencia legítima a partir del cual pueden manifestar su desacuerdo momentáneo con lo que viven o les exigen y, en determinado momento, generar otras resistencias colectivas como las desobediencias que mencionaremos posteriormente.

Es importante mencionar, sin embargo, que como este discurso está ligado a las obligaciones, algunos profesionales por su travesía institucional hacen “oídos sordos” a él y lo llegan a pasar por alto, argumentado el incumplimiento de los menores con aquéllas. Lo cual, más que una negativa de éstos, da cuenta de lo que en algún momento llegó a mencionar Foucault sobre las relaciones de poder y las resistencias: entre las cuales nunca hay una relación estable, sino cambiante y fluctuante. Donde cada uno de los actores involucrados realiza diferentes jugadas, para imponerse al otro.

Ahora, si bien este discurso es común en las instituciones, en una de ellas existen ciertas ideas que lo acotan, como aquella que destaca que éstas

se dedican a ayudar antes que a garantizar un apoyo, lo cual lleva a algunos niños a no tratar de exigir cosas por medio de este discurso pues implícitamente entienden que sus derechos acotados (Simmel, 1998) no les dan para ello. A esto habría que agregar el hecho de que las autoridades y profesionales se han dedicado a inculcar la idea de agradecimiento entre los niños que, al final, se constituye en una especie de mecanismo inhibitor de sus derechos, pues destacan que dicho agradecimiento siempre va precedido de un respeto.

Finalmente, el apoyo ocasional de algún profesional es otra de las tácticas de las que echan mano los niños para eludir ciertas actividades o recibir un trato diferencial. Este apoyo normalmente lo obtienen de los profesionales con quienes mantienen alguna relación estrecha, sea por lo llamativo de sus casos, por simpatías o incluso por el tiempo de conocerlos. Ello a pesar de que dentro de varias instituciones existen disposiciones formales que limitan las relaciones amistosas entre los niños y los profesionales, como el que señala que si estos últimos manejan una relación estrecha con los primeros, aquellos pueden apegarse con éstos, dejarse manipular e incumplir con su trabajo; o bien, como el que indica que al mantener una relación de amistad con los niños, los propósitos institucionales de formarlos pueden tergiversarse o perderse. Y es que los chicos entienden, como sujetos competentes, que sus relaciones cercanas con algunos profesionales les posibilita la obtención de diferentes beneficios, como lo destacaba una niña cuando se refería al apoyo recibido por parte de una pedagoga: “Yo siempre busco a Tere, porque ella siempre me ayuda. Ella nunca me dice que no. Desde que llegué aquí, ella siempre ha tratado de apoyarme. Algunas veces habla con mi auxiliar, para que me deje menos quehacer. Por eso la estimo mucho, porque siempre está pendiente de lo que me pasa aquí” (nota de campo).

Tal es el conocimiento que tienen los niños de esta táctica que, incluso, aprovechan las diferencias que se presentan entre las profesionales para sacar beneficios temporales altamente valorados. Sobre todo porque entienden que al posicionarse frente a su rival es común que ellas se muestren condescendientes y accesibles, lo cual es aprovechado por los niños para introducir juguetes que les permiten hacer o dejar de hacer ciertas cosas, con el apoyo incluso de algunas profesionales. Así nos lo contaba una jovencita que sin estar plenamente consciente del acto indicaba los momentos en que podía dejar de lavar los trastes:

A: ¿Qué te toca a ti hacer?

J: A mí me toca lavar los trastes. No siempre, esto depende de los días. Pero a veces no los lavo. Como la mami [la auxiliar Lety] no se lleva muy bien con la otra. A veces, me dice déjalos: que ella los haga. Dice, nomás se la pasa arreglándose y no hace nada. Y pus así, ya no hago los trastes. (Nota de campo)

Lo llamativo de estas tácticas radica en que son profusamente ordinarias, y, al ser de esta manera, normalmente son obviadas o subvaloradas por los profesionales. En el caso particular del alejamiento de las casas que algunos niños manejan, por ejemplo, varios profesionales las entienden y la rechazan; sin embargo, este rechazo normalmente pasa por alto la satisfacción que les genera a varios de los niños el haberse “alejado por unos minutos”, como posiblemente ocurre con la satisfacción que uno tiene cuando logra pisar algún espacio arquitectónico valorado. Lo cual es comprensible, en razón de que, si bien en estas instituciones manejan discursos de atención hacia éstos, también siguen manejando tareas rutinarias que les incomodan. Por otro lado, en lo que respecta al discurso de los derechos de los niños, el hecho de que varios profesionales lo limiten con otro discurso de obligaciones, les impide percibir los beneficios efectivos aunque minúsculos que les genera en distintos momentos. Finalmente en lo que se refiere al apoyo ocasional que tienen de algún profesional, el propio imaginario que existe en las instituciones del trabajo profesional de su personal, hace que varios de ellos nieguen las ventajas que les otorgan a ciertos niños, cosa que evidentemente aprovechan estos últimos.

2.2.2. Tácticas de uso diferencial de los recursos

El otro grupo de tácticas de habitación que utilizan los niños para sacar beneficios, sin enfrentar a los profesionales, son las tácticas que llegan a manejar para usar de forma particular los recursos con que los dotan las instituciones. Las cuales dejan constancia de la capacidad que tienen para re-apropiarse de los mismos y utilizarlos a su conveniencia, incluso para cuestiones no permitidas. Algo similar a lo que plateaba Goffman con su idea de “ajuste secundario” que indicábamos al principio.

Dentro de este conjunto de tácticas quizás una de las más efectivas en la institución estatal estudiada, es el empleo de algunos artículos institucionales para otros fines a los pensados oficialmente, como son las computadoras establecidas en las mismas. Las cuales están destinadas para los trabajos escolares de los niños y, de manera particular, para los jóvenes que estudian en secundarias o instituciones de nivel medio superior. Sin embargo, varios de éstos no las utilizan para ello únicamente, sino también para otros fines no permitidos por las instituciones como ver “pornografía” u otras series consideradas prohibidas en momentos de descuido de quien los vigila.

A la distancia, esta acción parece no tener ningún sentido más que de curiosidad. Sin embargo, si retomamos el punto de vista de algunos de estos

jóvenes, encontramos que constituye una acción esporádica de burla a la institución que opera a partir de su habilidad y astucia para aprovechar las ocasiones y sacar ventajas, lo cual es socialmente valorado entre los sujetos. Sobre todo porque dentro de la institución, la pornografía y algunos programas televisivos son vistos por los funcionarios y profesionales como una práctica transgresora de los valores y la disciplina, que deben ser prohibidos si se quiere evitar otras conductas consideradas nocivas.

Otra de las tácticas que también utilizan los menores para hacer un uso diferencial de los recursos, es llevar a cabo intercambios discretos y efímeros, entre ellas de algunos de los artículos otorgados por la institución estatal, como ocurre con la ropa entre las jóvenes. Sucede que en ésta está implícitamente establecido que la ropa de las jóvenes debe tener ciertas características (como ser holgada o poco femenina) para ocultar su figura y evitar algún interés sexual en ellas, tanto al interior como al exterior de la institución. Por lo que en muchas de las ocasiones, para no decir en todas, la adquisición de la misma está supeditada a esta lógica del riesgo antes que al gusto de las menores. Lo que da como resultado que a cada una de las jóvenes le sea suministrada cierto tipo de ropa que no siempre les satisface.

Sin embargo, como imaginariamente persiste la idea de que son apoyadas, varias de ellas no manifiestan su descontento a la hora de recibirla. De hecho, es común que manifiesten algún discurso de agradecimiento y satisfacción ante ello. Pero después de esto, es frecuente que lleven a cabo un arreglo entre ellas que les permite contrarrestar la disposición institucional, el cual consiste en prestarse sus prendas de manera ocasional, con la finalidad de variar el tipo de ropa definida para cada una. Lo cual, si bien no constituye una victoria sobre la institución, al menos si representa una forma de darle la vuelta a su decisión, pues el uso y consumo que le dan las jovencitas a la ropa suministrada por aquella, está lejos de ser el que normalmente llegan a esperar las autoridades. De manera que la fuerza de esta táctica radica no tanto en su rechazo de la ropa, sino en la manera de usarla e intercambiarla, es decir, en su valor de cambio antes que en el de su uso.

Otra táctica que utilizan los niños de esta institución, es el acondicionamiento particular de algunos de los espacios significativos para ellos, como lo es su habitación, no tanto para resistirse a una normativización de la institución sino más bien para hacerla habitable a sus intereses, como una extensión de su “yo” (Goffman, 2001b). Más aún si se entiende que la mayoría de los menores vivió un proceso de despersonalización y masificación previo a su ingreso en el Albergue Temporal Infantil, en donde el número elevado de menores recibidos por día hace que funcione como un depósito donde “todo es de todos” y en donde no hay espacios personales.

En este sentido, es común que traten de equiparla de diferentes maneras a través de una serie de objetos personales que sirven para recordar a sus familiares, algún evento especial o simplemente para mostrar sus gustos particulares; como son llaveros, juguetes, cuadros de equipos de fútbol o ciertas mascotas. Objetos que incluso a veces son creaciones propias, derivadas de otros objetos. Pero también a través de la reutilización de los muebles con que cuentan, para darles usos distintos a los pensados. Como lo que hacen algunos de los jóvenes, quienes acondicionan ciertos cajones de los muebles para guardar sus objetos de aseo personal, así como algunos artículos prohibidos que logran introducir a la institución, como son las revistas pornográficas.

Esta misma lógica de acondicionamiento personal la manejan algunas menores y jovencitas cuando son encomendadas a realizar la limpieza de la sala. En este último caso, es común que traten de darle su toque personal, acomodando algunas cosas y reordenando otras, a pesar de que su inventiva no llegue a durar más que algunas horas, hasta que la auxiliar o alguno de sus compañeros reordenen nuevamente las cosas, para empezar nuevamente otro proceso creativo de parte de otras o de otros menores, aún entre aquellos que dicen cumplir la tarea únicamente porque así se los exigen, porque aún en este caso tratan de mostrar algo, su disgusto, como lo mencionarían algunos fenomenólogos.

El acondicionamiento de los espacios a veces también se lleva a cabo fuera de las habitaciones, sobre todo en aquellos designados para alguna actividad institucional; como en los jardines, en donde los menores pueden dejar “su huella” sin tener algún problema. En este caso, como parte de una tarea formativa, es común que sean enviados a limpiarlos, pero en el acto es también común que alguno de ellos trate de darle un toque personal a su limpieza para que su acción no pase desapercibida y olvidada, como nos decía uno de ellos. Particularmente cuando saben o intuyen que su salida de la institución está próxima, pues entienden que a través de ello sus amigos y varios directivos pueden recordarlos, y de manera especial, aquellos con quienes en algún momento tuvieron ciertas dificultades.

Y, finalmente, una táctica más que utilizan estos niños para hacer uso de los recursos, si por recursos también entendemos a los sujetos, es aprovechar las visitas que hacen a la institución algunas personas externas que acuden a entregar artículos domésticos o regalos a los internos. En estos casos, las autoridades piden el acercamiento y convivio de los niños con estas personas como una forma de mostrar su agradecimiento. Sin embargo, y si bien la mayoría de ellos se limita a esto, algunos de los mismos también llegan a aprovechar la ocasión para lograr otros fines no autorizados, como pedir dinero de una manera histriónica y discreta a varias de ellas. Y esto a pesar de

que siempre haya alguna auxiliar pendiente para evitarlo. Lo llamativo de esta acción radica, entonces, en que muestra la capacidad que tienen los menores para generar operaciones cuasi microbianas a su favor (De Certeau, 1996), en momentos que suponen el cumplimiento de alguna tarea o disposición. Operaciones que son fugaces y que, por lo mismo, escapan al ojo de las autoridades. De allí que incluso los menores que la llevan a cabo le den valor especial, pues la táctica en sí misma implica una gran astucia.

Es importante mencionar, sin embargo, que si bien en la práctica esta táctica les llega a generar algunas monedas a los niños, generalmente éstas no suman un gran valor económico, por el hecho de que no todas las personas las apoyan y, cuando lo hacen, generalmente es con lo mínimo, pues entre la mayoría de ellas persiste la idea de que estos niños no necesitan recursos monetarios en la institución. A pesar de ello, entre éstos, contar con ciertas monedas tiene un significado especial, al grado de que algunos de ellos llegan a proyectar un futuro ciertamente ilusorio, como pensar que con las ganadas pueden empezar a montar un negocio.

Si bien se pueden mencionar varias cosas sobre estas resistencias, una de las más importantes es que dan cuenta precisamente de la capacidad que tienen los niños para reutilizar los recursos con que cuentan para su beneficio, llevando a cabo jugarretas y ardidés que recuerdan lo que De Certeau (2000) retoma por título: la invención de lo cotidiano.

3. Resistencias explícitas de descontento

Hasta ahora hemos destacado algunas de las tácticas que utilizan los menores internados en las instituciones asistenciales para sobrellevar ciertas relaciones, evitar algunas tareas y, en general, obtener ciertos beneficios. Las cuales normalmente son exitosas por las formas fugaces y cotidianas como ocurren, pero también por las formas no directas como proceden. Sin embargo, cuando los niños se hastían de algo o llegan a percibir cierta injusticia por parte de algunos de los profesionales que los atienden, y no encuentran los mecanismos formales para afrontarlos, pueden llegar a usar ciertas resistencias explícitas para tratar de manifestar su desacuerdo con lo que ocurre. Algunas de estas resistencias son: la desobediencia y la destrucción de objetos personales, las que, pese a sus diferencias, comparten la característica de que son manejadas por los niños para manifestar su confrontación con las autoridades institucionales, aunque sea de manera momentánea. Confrontación que generalmente no pasa a mayores, ni abarca gran cantidad de tiempo, pero que en algunas ocasiones llega a alterar ciertas ordenaciones hacia ellos. Pe-

ro para explicitarlas de manera más detallada, quizás sea conveniente analizarlas por separado.

3.1. La desobediencia

La desobediencia, como acción colectiva (Marcone, 2009), es utilizada principalmente por algunos niños cuando buscan modificar el trato recibido por parte de algunas y algunos profesionales, que consideran injusto. Entendiéndose por injusto, que han rebasado ciertos límites considerados tolerables y que no se pueden seguir aguantando. Como cuando algunas auxiliares se exceden en los castigos impuestos a varios de ellos o dan tratos preferenciales a alguno de los mismos, lo que les genera una indignación moral (Moore, 1989). En este caso, dicha resistencia permite a los niños agraviados, por un lado, hacer caso omiso a las disposiciones señaladas por aquéllas y, por otro, destacar o denunciar públicamente el trato recibido frente al resto de los funcionarios y profesionales, quienes metafóricamente asumen el papel de jueces. Así lo mencionaba, por ejemplo, una las funcionarias cuando le preguntábamos sobre el tema: “Cuando los niños sienten que no son bien atendidos se revelan y no quieren obedecer. Pero lo hacen para mostrarnos a nosotros que la auxiliar no lleva bien su trabajo, que se está excediendo en algo o que simplemente no les está haciendo caso” (nota de campo).

Es importante mencionar, sin embargo, que a diferencia de lo que ocurre con otros grupos de menores internados, la desobediencia que manejan estos menores es generalmente reducida y efímera, ya que solamente la ejecutan algunos niños y su existencia no rebasa más que algunas horas. Y es que para varios de ellos la decisión de participar en la misma implica una serie de riesgos que no están dispuestos a correr más allá de un momento. De hecho, pese a ser una de las más efectivas que manejan los menores para modificar esta situación, por lo general es una de las últimas opciones que utilizan para ello, toda vez que la relación afectiva que existe entre ellos y algunos profesionales los desincentiva. A pesar de ello, cuando la utilizan normalmente les genera dividendos positivos, pues los directivos de las instituciones tratan de evitar a toda costa algún conflicto interno que genere alguna impresión negativa de la misma por mínimo que éste sea, sobre todo porque la institución es frecuentemente visitada por personas externas. Pero para entenderlas mejor veamos un ejemplo.

En mayo de 2010, mientras realizábamos entrevistas a algunas auxiliares de una de las instituciones, pudimos observar cómo un grupo de seis menores encabezados por una niña de aproximadamente 12 años de edad, había

decidido negarse a obedecer las disposiciones señaladas por una de sus auxiliares. Estos niños pretendían mantenerse en esa postura, hasta que llegara la directora, a quien pensaban explicarle sus razones y de quien se decía había salido de la institución. Cuestión que se alargó hasta poco más de dos horas, pese a la insistencia de una de las psicólogas que había sido llamada por la auxiliar para terminar con el suceso. Al llegar la directora, una de estas niñas explicó el motivo de su postura. De acuerdo con la menor, los niños de esa casa habían tomado esa actitud, como respuesta a la decisión de la auxiliar de no permitir ver la televisión por tres días más a un menor que se había negado a recoger la basura de la sala. De manera que ante este hecho, los menores habían decidido negarse a obedecerle. La directora tomó nota, habló con la auxiliar y allí concluyó la desobediencia. Después supimos que la directora había llamado la atención a la auxiliar y que desde ese momento en adelante esta última había modificado su trato hacia los menores.

De esta pequeña descripción podemos derivar algunas cuestiones. En primer lugar, que la desobediencia se presenta cuando los menores perciben que sus auxiliares han rebasado los límites “inherentes” a las relaciones de autoridad o al trato diferencial hacia ellos. Lo que significa que no es automática, sino que se va “cocinando” a lo largo de un tiempo, hasta que una situación particular se vuelve insostenible para varios ellos. Y es que, a pesar de todo, estos menores parecen entender implícitamente que una relación de autoridad es algo “normal” en su vida, que no pueden criticar o tratar de revertir hasta que no se pasan ciertos niveles. Tal como lo mencionaba la menor cuando señalaba que habían tomado esa actitud, como respuesta a la decisión de la auxiliar de no permitir ver la televisión a uno de sus compañeros por tres días más por haberse éste negado a recoger la basura de la sala.

En segundo lugar, se puede mencionar que los menores conciben esta resistencia como una estrategia para re-establecer un estado de cosas anterior, en donde no piden más que un trato considerado “normal” entre ellos, que implica ciertos castigos y tratos diferenciales, pero no en exceso, pues, como se destaca en la descripción, los menores nunca manifestaron alguna oposición al uso de esos aspectos, sino más bien al abuso de los mismos. Lo que da cuenta, para retomar a Barrington Moore (1989), que los niños no buscaban la eliminación de los castigos o su trato diferencial sino su “mala utilización”. Cuestión característica de las resistencias microscópicas, pues éstas normalmente no buscan cambiar el *statu quo* sino, antes bien, modificar algunas de sus expresiones consideradas excesivas en la vida cotidiana; que es lo que señalaba Foucault mismo, como indica Castro (s. f.), cuando mostraba que las resistencias de los internos en las cárceles, no pretenden cambiar el sistema penitenciario de un país, sino más bien solucionar algunos

problemas cotidianos, como la subalimentación, las condiciones de detención, o el trato que reciben de alguna autoridad en particular, que consideran excesivos, infrahumanos.

Y en tercer lugar se puede señalar que, pese a sus características efímeras, esta desobediencia está basada en un sentido de solidaridad más o menos fuerte entre los menores, que se deriva de su propia condición de albergados y que los lleva a considerarse en varios momentos como hermanos. La cual mantiene un “estado latente” de disponibilidad en esta y otras acciones de resistencia. “Es decir, [...] una actitud solidaria que se encuentra en el sustrato mismo de la grupalidad [...] [para] pasar a un comportamiento solidario” (Makowski, 1994: 188-189).

Ahora, como algunos niños entienden que en ciertas ocasiones están prohibidas las acciones grupales, no faltan los casos en que opten por la queja antes que por la desobediencia, cuyo uso generalmente es de carácter individual antes que grupal. La fuerza de esta resistencia radica en que es querellante, crítica y exhibidora de las acciones de algún profesional, en tanto denuncia y muestra lo que a juicio del menor es injusto. Lo cual si bien no llega a generar un gran cambio, sí genera ciertos efectos en los profesionales, como el hecho de que a partir de ella quedan “mal parados” frente al directivo y en algunos casos hasta cuestionados momentáneamente. Situación que los profesionales llegan a conocer y hasta indicar explícitamente: “cuando los niños se dan cuenta que no se les trata bien, se quejan. Ellos no se callan. Según me comentaron, un niño un día se fue a quejar y pues sí regañaron a la persona que acusó” (nota de campo).

La queja, sin embargo, también enfrenta algunos mecanismos desactivadores que no siempre aseguran su éxito. De ellos quizás uno de los más importantes es la desconfianza que existe hacia ellos, a quienes se les ubica normalmente como sujetos fácilmente manipuladores y hasta farsantes, por lo que cuando alguno de ellos la usa como resistencia es común que no surta un efecto inmediato y se ponga en duda. Por otro lado, en el plano más formal está implícitamente establecido que si algún menor se queja sin argumentos, puede ser objeto de una llamada de atención por parte de los directivos y esto afectar su trayectoria. Lo cual, a su vez, puede generarle ciertas restricciones o castigos en lo posterior, como negarle ciertas salidas de la institución. De allí que la decisión de quejarse con las autoridades sea sopesada varias veces entre los menores.

Finalmente, otro de los mecanismos que utilizan ambas instituciones, es la diferencia que existe entre algunos niños. Particularmente entre los denominados institucionalizados, que llevan varios años en ellas y que prácticamente la consideran su casa, y los que se han ido integrando paulatinamente y que se

muestran menos identificados con ésta. A partir de esta diferencia es común que los profesionales inciten a los primeros a asumirse como consejeros de los segundos, desincentivando el intento de la queja. Mecanismos, todos estos, que se complementa con los filtros formales que pone la institución para el ingreso de algún menor, que normalmente tiene que ser de probada conducta para reducir el manejo de estas acciones. Pese a ello, cuando un niño utiliza la queja y es aceptada por la dirección, es común que el trato otorgado hacia el menor mejore sustancialmente, al menos de manera temporal, pues el denunciado se ve obligado a brindar una atención especial.

3.2. La destrucción de objetos personales

Para concluir, otra de las resistencias visibles que llegan a manejar algunos de los niños internados para mostrar su descontento cuando no encuentran otra opción, es la destrucción de algunos de sus obsequios recibidos. Es decir, de ciertos artículos que la institución o personas externas a la misma les otorgan en diferentes momentos para demostrar el poco valor o interés que tienen para ellos. Por lo que esta resistencia tiene un contenido más simbólico que instrumental.

Como señalábamos en otro trabajo (Osorio, 2011), en términos generales esta destrucción tiene lugar después de que ciertos jóvenes reciben algunos de estos obsequios como parte de una fecha conmemorativa que le da carácter más significativo. Pero ¿cómo la llevan a cabo? En algunos casos, a través del uso “irresponsable” que hacen de ellos en el momento mismo en que se los entregan y que concluye en su destrucción algunos minutos después, como cuando les regalan algún juguete eléctrico que de tanto manipular lo descomponen inmediatamente después de recibirlo. Y en otros casos, a través del desarme explícito del obsequio, que los propios funcionarios y profesionales llegan a detectar algunos días después.

Es importante mencionar que, si bien esta acción deriva del descontento que sienten algunos menores o jóvenes con la institución, hay algunos elementos que llegan a impulsarla todavía más, como la “infantilización” y la “estandarización” que prima dentro de ella, y que se refleja en los tipos de obsequios que reciben que, además de estar pensados para un tipo particular de niños, los más pequeños, generalmente son de las mismas características. Como los que les otorgan durante el día del niño que, pese a ser de elevado precio, generalmente son de características infantiles y parecidas. Así nos lo dijo, por ejemplo, uno de los jóvenes en una conversación que tuvimos: “A mí, ese día, me dieron un coche de control remoto. ¡Imagínese! A mi edad.

Estaba bonito, y parecía que era caro, pero era para chavillos. Y es que creen que todos somos chavitos y que todos tenemos los mismos gustos, pero se les olvida que también estamos nosotros, que también hay mayorcitos. Y pues la verdad, yo sí lo quebré al otro día, pues para qué lo quería” (nota de campo).

De manera que, sin ser automático, esta situación los impulsa todavía más a desechar sus obsequios. De hecho, esta es una de las expresiones de rebeldía que más recuerdan los funcionarios y profesionales cuando se les pregunta sobre los menores en sus conversaciones. Y es que para ellos, varios de los jóvenes y menores son desagradecidos, pese a los esfuerzos económicos que hace la institución para obsequiarles algunas cosas, “Ellos son ‘malagradecidos’, no saben valorar. En navidad, por ejemplo, gente de la gubernatura que quiere hacer una acción social, les compra juguetes a todos. Y no cualquier juguete, eh, sino de los más caros. Pero qué hacen, los rompen enfrente de nosotros. Simplemente dicen, no me gusta, es igual al de los demás y te lo regresan o lo rompen” (nota de campo).

No obstante, para los menores y jóvenes es una de las formas más visibles de mostrar su desacuerdo, no tanto por el juguete en sí, sino que antes bien por la forma en que los pasan por alto y los conciben.

4. A manera de conclusión

Hace algunos años, en una conferencia presentada en una universidad argentina, Giorgio Agamben hacía referencia a una de sus ideas que ha estado presente en algunas de sus obras (Agamben, 2009; 2007): de destacar las profanaciones en la vida como una manera de posicionar y reconocer a los sujetos como creadores y hacedores en un contexto donde los dispositivos de gobierno son comunes. En este artículo hemos pretendido seguir implícitamente esta idea al mostrar y analizar algunas de las tácticas y resistencias que utilizan los niños internados para desviarse de la lógica institucional sin confrontarse y para obtener beneficios e, incluso, para afrontar algunas disposiciones que consideran injustas aunque sean de forma momentánea. En este sentido, tratamos de ir desde las más fugaces y ocasionales hasta las más visibles, buscando en todo momento indicar la fuerza de las mismas. Lo cual nos permitió mostrar, según creemos, algunas de las capacidades histriónicas, de apropiación y de crítica que tienen, así como de improvisaciones y movilizaciones cuando se consideran agraviados. Cuestiones que normalmente pasan desapercibidas dentro de las instituciones, sea porque las consideran de poco valor o porque simplemente no toman a los niños como son, sujetos competentes.

Para concluir el trabajo, por lo tanto, en este último apartado solamente expondremos algunas ideas que subyacen en el análisis y que creemos vale la pena recordar, para no idealizar pero tampoco para subvalorar la capacidad de los niños. En primer lugar, es importante reconocer que tanto las tácticas como las resistencias visibles que manejan los menores internados, no buscan modificar el estado de cosas en las instituciones asistenciales, sino que, antes bien, sólo apuntan a saldar algunas cuestiones cotidianas que enfrentan o irritan a los menores. Lo cual, de hecho, no es una característica de ellos, sino de diferentes grupos de internos quienes normalmente no buscan modificar el *statu quo*, sino simplemente algunas cuestiones que hagan más manejable el universo concentracionario. En el caso de las tácticas, por ejemplo, son ejecutadas por los niños para un mayor despliegue en su vida cotidiana. Esto es, para vivir su internamiento con el menor número de inconvenientes, sea para obtener beneficios o simplemente para sobrellevarla con los profesionales y autoridades, que son quienes finalmente definen su formación dentro de las instituciones. En tanto que las resistencias visibles son utilizadas para reestablecer un estado de cosas anterior al que estaban acostumbrados, lo cual evidentemente implica un reconocimiento del conjunto de tareas a que están obligados.

En segundo lugar, es central destacar que pese a que este conjunto de tácticas y resistencias manejan un cálculo, esto no implica necesariamente que los niños sean sujetos cínicos, que estén pensando constantemente en engañar a los profesionales para obtener beneficios. Sino que, antes bien, como diría Goffman, son sujetos competentes que saben discernir y comprender las situaciones y, en función de ello, actuar. Evidentemente en algunas tácticas parecen manejar un mayor cinismo, pero aun en este caso, lo que muestran —desde nuestro punto de vista— es que hacen uso del sentido práctico (Bourdieu, 2000), que les indica que esto es necesario en la situación que enfrentan.

Y en tercer lugar, que la agencia de los niños adquiere un sinfín de formas, incluyendo la apropiación de discursos y posturas en público. Tanto que muchas de ellas pasan desapercibidas a los ojos de los profesionales y las autoridades, por su carácter fragmentario, ocasional y hasta difuso. Lo cual supone, como hemos manifestado, cierta competencia pero también cierta reflexividad, puesto que a partir de ellas varios niños despliegan su vida cotidiana en una diversidad de situaciones y encuentros.

Recibido: agosto de 2012

Revisado: enero de 2013

Correspondencia: Facultad de Ciencias Políticas y Sociales/Universidad Autónoma del Estado de México/Cerro de Coatepec s/n/Ciudad Universitaria/C. P. 50100/Toluca/México/sub_abraham@yahoo.com.mx

Bibliografía

- Abal, Paula (2007), “Notas sobre la noción de resistencia en Michel de Certeau”, en URL: <http://www.revistakairos.org>, fecha de consulta enero de 2013.
- Agamben, Giorgio (2009), “La inmanencia absoluta”, en Gabriel Giorgi y Fermín Rodríguez (comps.), *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*, Buenos Aires, Paidós.
- Agamben, Giorgio (2007), *Estado de excepción*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora.
- Azaola, Elena (1989), *La institución correccional en México. Una mirada extraviada extraviada*, México, Siglo XXI.
- Bourdieu, Pierre (2000), *El sentido práctico*, Madrid, Taurus.
- Cerda, Angélica (2002), *La violencia y maltrato infantil como resultado de las relaciones de poder en casa hogar para niñas del DIF*, México, UAM-Unidad Xochimilco, tesis de licenciatura.
- De Certeau, Michel (2000), *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*, México, Universidad Iberoamericana.
- Elias, Norbert (1998), *El proceso de la civilización: investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México, FCE.
- Fabian, Johannes (2007), *Memory against Culture. Arguments and Reminders*, Durham, Duke University Press.
- Feixa, Carles (1996), “Antropología de las edades”, en Joan Prat (comp.), *Ensayos de antropología cultural. Homenaje a Claudio Esteva-Fabregat*, Buenos Aires, Ariel.
- García-Canclini, Néstor (1995), *Cultura y pospolítica: el debate sobre la modernidad en América Latina*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Goffman, Erving (2001a), *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Goffman, Erving (2001b), *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Gómez, Minerva (2011), *Infancia y casa hogar. La situación de los niños bajo tutela del Estado desde una medida asistencial del internamiento*, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, tesis de maestría.
- Hopenhayn, Martín (1994), *Ni apocalípticos ni integrados: aventuras de la modernidad en América Latina*, México, FCE.
- Llobet, Valeria (2010), *¿Fábricas de niños? Las instituciones en la era de los derechos de la infancia*, Buenos Aires, Noveduc Libros.

- Makowski, Sara (2010), *Las flores del mal. Identidad y resistencia en cárceles para mujeres*, México, UAM-Unidad Xochimilco.
- Mansell, Jim y Julie Beadle-Brown (2011), “Desinstitucionalización y vida en la comunidad”, Declaración del grupo de investigación sobre política y prácticas comparativas, de la Asociación Internacional para el Estudio Científico de las Discapacidades Intelectuales (IASID), en URL: www.zerbitzuan.net/.../, fecha de consulta agosto de 2012.
- Marcone, Julieta (2009), “Las razones de la desobediencia civil en las sociedades democráticas”, en URL: <http://goo.gl/rCM9u3>, fecha de consulta junio de 2012.
- Méndez, Emilio (1994), *Derecho de la infancia-adolescencia en América Latina: de la situación irregular*, Bogotá, Forum Pacis.
- Moore, Barrington (1989), *La injusticia: bases sociales de la obediencia y la rebelión*, México, UNAM.
- Osorio, Abraham (2011), *La gubernamentalidad de la infancia en riesgo en México: 1977-2010*, México, Flasco, tesis de doctorado.
- Pereira, María de la Nieves (1981), *El niño abandonado. Familia, afecto y equilibrio personal*, México, Trillas.
- Purcell, Victoria, Kristen Perry, Adriana Briseño y Catherine Mazak (2011), “Hablamos de agencia: apropiación y resistencia en las prácticas de lectoescritura de niños y jóvenes”, en Diana Milstein *et al.* (eds.), *Encuentros etnográficos con niños adolescentes. Entre tiempos y espacios compartidos*, Buenos Aires, Miño y Dávila.
- Schmidt, Samuel (1996), “Política y humor: chistes sobre el presidente mexicano Carlos Salinas de Gortari”, en URL: redalyc.uaemex.mx/pdf/159/15905004.pdf, fecha de consulta julio de 2012.
- Scott, James (2001), *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*, Bucaramanga, Universidad Autónoma de Bucaramanga.
- Strauss, Anselm y Juliet Corbin (2002), *Bases de la investigación cualitativa. Técnicas y procedimientos para desarrollar la teoría fundamentada*, Medellín, Universidad de Antioquia.

Acerca del autor

Abraham Osorio Ballesteros es doctor en investigación en ciencias sociales con mención en sociología por Flasco-México, y está adscrito a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UAEMex. Su área de interés gira en torno a los dispositivos asistenciales para las infancias vulnerables. Dos de sus publicaciones recientes son “La infancia en riesgo en México. Un estudio desde la gubernamentalidad” (en prensa); y “Los *habitus* de la paz. Teorías y prácticas de la paz imperfecta”, *Ra Xhimai*, vol. 8, núm. 3, septiembrediciembre, 2012, pp. 247-254 (reseña).

